

La Antorcha

U. T. 3492, LIBERTAD

SEMANARIO

BUENOS AIRES

Correspondencia y Valores:
ANGEL PEIRARCA
TACUARI 653

SUBSCRIPCIONES
Para la Argentina
Trimestre \$ 1.20 - Año \$ 1.50
Para el exterior:
Año \$ 1.80

EXPOSICION DE LA ANARQUIA
Aqui el sur, o, aqui la si milia,
aqui la espiga, aqui el derecho.
Bovio

SIEMBRA DE IDEALES

Todos los hombres sienten, más o menos intensamente, el afán de prolongar en el tiempo la proyección de su obra, el recuerdo de su vida y de su nombre. Y por servir a este deseo, de forma o en algunos, es que los hombres se sienten inclinados a cumplir grandes hechos, aunque sean pocos los que realmente se determinen a emprender tales empresas. Y de éstos, a veces, unos son empujados inconscientemente por ese afán y a otros les impulsa con claridad meridiana el camino de sus acciones, los cuales se representan los objetivos de su obra, iluminados por un elevado pensamiento, en tanto que todos los demás gastan sus energías sin concierto alguno, sin emprender una dirección cierta, ni comunicarle la proyección recta de un ideal que penetre con la piqueta de su luz, en el seno obscuro del mal. Y es así que, movidos por ese deseo inconsciente, reducidos por el éxito que se les aparece brumosamente en el indefinido futuro, se lanzan tras acciones desahucadas unas veces, criminales otras y de efectos contraproducentes otras más. Porque le falta una idea, orientadora y dinámica, que dé cohesión a la obra y estimule y encauce el esfuerzo creador.

Por eso que son tantas las energías perdidas: las unas, perdidas en la inintermitencia de las acciones desconcertadas y sin norte, desperdiciando así los tesoros de su personalidad y la generosa riqueza de su energía, por no saber darles un objetivo preciso de bien humano; y las otras se pierden doblemente por su empleo en fines malvados. Que también hay quienes quieren proyectar tras de sí sus recuerdos por la fama de sus crímenes.

Existen muchos hombres de valía, pensadores, sabios, gentes de inventiva y de alma grande, que malgastan de modo lastimoso lo mejor de sus vidas persiguiendo fines pequeños que no guardan correspondencia al valor de sus aptitudes, que se pierden así sin dejar en el mundo la huella que deberían señalar. Es de lamentar la pérdida de tales aptitudes superiores, de tantos temperamentos heroicos, de almas tan grandes que, bien orientadas tras designios superiores, hacia un sentido ideal, granarían su energía creadora en

bellos hechos, nobles y ejemplarizados, contribuirían a elevar los hombres hasta planos de conciencia más altos y a combatir el mal, la opresión y la injusticia por el más pronto triunfo de la justicia, la libertad y el bien.

Es necesario, pues, organizar las aptitudes para que se cumplan a sí mismas en acciones correspondientes; dárles motivos de lucha, de grandes alientos, y hacer que se polaricen hacia un objetivo digno, pugnanado por dar forma a lo anhelado, por trazar en la humanidad imperfecta el camino de perfección que alumbran nuestros deseos.

Cierto es que existen muchos seres invalidados para ello, carentes de verdaderas aptitudes, incapaces de un esfuerzo sostenido, que sólo saben marchar a remolque de los movimientos colectivos y en quienes no hay que confiar en nada. Pero no es menos cierto que hay otros, cuyas aptitudes superiores son negadas en infelices empeños, cuyas naturales disposiciones permañentes ocultas, cuyos espíritus elevados duermen en la esterilidad. Son valores propios, enterrados, que es preciso sacar a la luz de las creaciones para ganarlos para la causa del bien humano. Para ello hay que fecundar con un ideal de justicia esos espíritus elevados, alumbrar esas disposiciones ocultas y colocar esas aptitudes mal-empladas sobre el plano elevado de las realizaciones de que son capaces.

Siembra de ideales, es lo que se necesita sobre esas tierras que son aptas pero que permanecen estériles. Desaparramemos, pues, nuestras ideas incansablemente, para alumbrar en los hombres los altos designios de que están faltos y por cuya carencia pierden lamentablemente sus valores mejores. Todos, más o menos intensamente, desean proyectar al porvenir su vida y su obra, pero o no lo consiguen, o si lo consiguen es por el recuerdo de sus maldades. No saben que el modo mejor de perdurar en el recuerdo de las gentes, es dar de sí lo más bueno, y de la mejor manera, pues valemos por lo que realmente damos de nosotros mismos, por lo que hacemos, por la entrega de nuestro espíritu, y por el dolor fecundo que sentimos en la persecución de la obra grande que se emprende.

Faroleros de la vida burguesa

Son muchas las demostraciones, faroleros arriba, estúpidas abajo, que forman el tejido de la actualidad de la vida burguesa. Hoy como siempre los poderosos continúan haciendo su contento con mil faroleros y nutriendo con ellos al pueblo que los sigue y que hace el bobalicón, admirándolos. Son todas cosas espectaculares, ridículas y absurdas que serán siempre de la adorning de una parte del pueblo, como todo lo efecista, lo palabrero, lo que se acompaña bien al son del timbo, de las charangas militares, de los discursos vanos y de las conmemoraciones patrióticas, mientras esa parte del pueblo no tenga más pensamiento, ni vitalidad, ni sentido, ni salud moral que los burgueses, ni menos verbalismo y apego a la faroleros que éstos.

Los triunfos de un boxeador, el éxito de un caballo y el pretendido lucimiento de un embajador ritman una misma idio-

SACCO y VANZETTI

en fin, más de la representación que de las cosas. Y para que se inflamen y para que su entusiasmo rompa en alaridos bestiales y gestos dementes, no necesitan mucho; bastan unos discursos vanos, una bandera o una charanga. Ahí está para probarlo el Congreso de Trabajadores que realiza en estos días la Liga Patriótica. En él todo es verbal, inefectivo, tartarinesco, sin más realidad que la de los discursos vanos y las declamaciones patrióticas. Todo es tan verdadero, en ese Congreso, como su designación de Congreso de Trabajadores. Y tan trabajadores que son los que intervienen en él: millares, marinos, doctores, industriales, etc. Como que en su sesión inaugural hablaron varios abogados, un vicealmirante y un diplomático, sin perjuicio de hablar, cada uno de ellos, en nombre del trabajo. Como se ve, por todas estas manifestaciones de su vida ordinaria, la entera sociedad burguesa procura alejar al pueblo de lo efectivo para atraerlo a lo puramente verbal y representativo; y hacer que desaparezca en el toda preocupación honda por las cosas reales de su situación miserable para que se atenga a la representación farolera, la exterioridad reducida que se les ofrece. Pero no hay caso. El pueblo se encuentra a sí mismo en lo que, siendo efectivo, viril, rotundo, responde a las necesidades de su real emancipación.

Argentinos y extranjeros

Se siente la religión del patriotismo en cuanto es el "orden social", la defensa de lo estatuido, la salvaguardia del privilegio. Fuera de eso, el sentimiento, el concepto de patria que tanto declaman los burgueses, desaparece. El patriotismo es, pues, en los amos y gobernantes, el sentimiento que inspira la tranquilidad del bien gozado, del privilegio que se aprovecha. Es así, que un argentino de orden hace llamado a un extranjero de orden también, para que colabore con él en la celebración de actos patrióticos y de más cosas que tengan olor a patria. Para esto no hay ningún inconveniente. Si el lugar de natalidad es diferente, y puede dividirse, el interés común en el respeto y la defensa de "orden social" los une indefectiblemente. De ahí que, argentinos y extranjeros de orden, no hagan nunca cuestión de natalidad, de la que no hacen diferencia alguna. Y así, lo único que diferencia a los hombres son las ideas. Y que diferencia puede haber entre argentinos y extranjeros de orden? Ninguna, pues, porque son unánimes sus ideas. Argentinos y extranjeros de orden se encuentran en su patria, donde quiera. Pueden tomarse de la mano, pues, marchar al mismo paso, y cantar un mismo himno, y unirse, en fin, para toda "noble empresa patriótica". Al fin y al cabo, están por igual en su patria ahora. De no estar acomodados, como están en sus privilegios, no serían patriotas. Tienen patria ellos en cuanto las formas sociales del presente perduran. Acabadas éstas, se acabó la patria.

LA PATRIA

Así dijo el padre, cuando llevaron a su casa el cuerpo de su hijo muerto en la guerra:
— ¡Este es el bobé que bailó sobre mi rodilla! ¡Es el chicuelo que salta a recibirme cuando salía del trabajo! ¡El que me trata la comida al campo cuando reposaba bajo los árboles! ¡Este el joven que trabajó a mi lado e hizo que mi corazón brincara de contento al ver que había formado a un hombre digno de heredar mi puesto en el mundo? ...
Así dijo la madre llorando:
— ¡Este es el hijo que lloré en mis entrañas! ¡Es el hijo que creí en medio de angustias y alegrías, por haber dado vida a un hombre! ¡El niño de andar vecicante que se asía a mis vestidos! ¡Este es el hombre que me producía tanto or-



Fotografía tomada al cumplirse el 25.º día de la huelga de hambre hecha por Sacco. En la expresión sufrida de ambos se muestra la huella de los tres años de tortura moral y física que han padecido hasta ahora, en la dolorosa espera entre la muerte, que quieren darle sus verdugos, y la vida, que quiere conservarles libre la decisión del proletariado universal.

CARTELES DE CHILE

Bianco y negro
Chile, cuyos peñascos del Norte tiritan bajo los cielos, hasta hacerse luminosos, fluidos, se precipita en el sur a una llamarada humeante, espesa. Aquellas cimeras blancas, son aquí torrentes negros. Como, si en pasados siglos, un ejército frío como se lanzara a estas regiones buscando fuego en que calentarse. Y en ellas hubiera muerto carbonizado.
Atravesado el Bio-bio, entráis en el reino negro. En la tormentosa región minera. Negra es el agua del puerto, el valle es negro, las cumbres calvas son negras. Y todavía, bajo de éstos, del suelo, del monte, está el infierno más negro aún; está el carbón y el grisú: el oro negro y el viento negro.
Hemos llegado a las minas de Lota y de Coronel; pero no bajamos a ellas. No lo permiten sus dueños; y no por pudor, seguro, sino porque en este mundo de fuego opaco, de auroras sólidas, un anarquista es un peligro siempre. Es una llama desnuda — fósforo, antorcha — que bien puede despertar la furia negra que duerme en las galerías subterráneas. ¡Yay! de los negreros, entonces!
"Oro negro", llaman al carbón los amos. "Viento negro", llaman al gas grisú los esclavos. Y he aquí que en estos dos nombres, como en dos polos,

está contenida la vida de unos y de otros. La mina, que para aquellos es un áureo tintineo, torrente oscuro que se clarifica al aire y acaba por acuñarse en monedas limpias, para éstos es una apocahiza eterna, lazo en la sombra, guadña traicionera. Miseria negra. No nos dejaron pasar, pero los mineros vintieron hasta nosotros. A los toques del clarín, se congregaron en sus locales de resistencia. Y ahí les hablamos.
Pero, no es lo que nosotros dijimos lo interesante ahora, sino el mensaje que allí nos dieron al despedirnos. Nos lo dictó una muchacha, hija, hermana, camarada de los mineros huelguistas de Coronel. Lo transcribimos.
Gaucha anarquista: decid a las mujeres de allá, de las pampas argentinas, que estamos en el infierno, pero no sin rebeliones. Que a miles de metros bajo la mar, soñamos con la justicia, esperamos su llamado para la batalla grande y definitiva. Y que aquel día, ya no será más carbón lo que saquen nuestros hombres por las bocas de los chiflones y de los piques, sino sus ombos y sus barretas. ¡El viento negro de las reivindicaciones!
Esto nos dijo. Y después de esto, nos puso una blanca cosa sobre el recuerdo. — No olvidéis de besar en nuestro nombre a los hijitos de las compañeras...
R. GONZALEZ PACHECO.

LECTURAS

BESA Y CALLA

Cosas sorprendentes y veraces son la lectura de los rusos, que despiertan tan acentuadamente nuestro entendimiento y sensibilidad. Por eso Andreiff, como todo lo ruso es tan hondo y tan fuerte, interesándonos hasta lo íntimo del corazón y del alma humana...

¿Por qué habrá vuelto tan poderosamente hacia nosotros la asperza y la calidez de los libros rusos? Porque sufrimos. El sufrimiento nos hermanara al que se angustia y nos identifica a las páginas de tragedia de los Andreiff, los Gogol o los Gorki...

La nota patria

No somos, pero creemos ser argentinos. Al fin de cuentas, en estas tierras bebimos aspiramos y sentimos lo que a la vida del ser formaliza y encamina. Para nosotros, cosas de la Argentina fueron siempre cosas de oro, desde chipinitos. La leyenda de sus tesoros entusiasmó nuestra infancia con idéntica inquietud que la de los cuentos de hadas...

Para nosotros nada bueno de que contar. Caminando por sus calles, parecía que de todas partes nos gritaban: váyanse, no los queremos. Y nos fuimos a provincias. En el campo, la cosa cambia de aspecto; poquito a poco, nuestra vida se dio a su ambiente y metidos entre el criollaje fuimos criollazos también...

Llegados aquí, la Argentina entró en nosotros, como orla de agua helada. Todo lo que en ella vimos, a través de su capital, desvaneció nuestros sueños. Nos sentimos defraudados. Aún recordamos el ébriete que nos hizo un vigilante: Llegaron tarde, mis amigos; el árbol que daba el oro, se ha secado por acá...

De ahí que nos rebelamos frente a la nota patria de hoy. Protestamos de que este día sea el día de los argentinos. El 25 de Mayo es, como todas las fiestas, la fiesta de los burgueses; y la patria de éstos es el dinero; en la tierra son extranjeros, porque sólo el que la fecunda puede amarla, ser su hijo. En el día de hoy nos sentimos indignados. Bajo ese Niágara de luces con que se adornan las calles, nosotros no vemos nada. Únicamente pensamos...

que bate palmas en la Avenida de Mayo mientras los ventrudos mandones y el pobre ejército pasa, si no es cínica, es idiota. Francamente inspiran lástima. Dan la misma sensación de monos trajados, en una pista de circo. Es una nota tonta, risible, la nota patria. Frente a ella, con todo que aunque no somos creemos ser argentinos, nosotros nos rebelamos. Aunque Alvear fuerza el morro y Carles nos escamolgue y la constitución no permita, protestamos; ¡que embolomara!...

Un apólogo

En un folleto socialista de propaganda menuda que ha llegado a nuestras manos, tenemos un apólogo, en cuya fábula se muestra, precisamente, el contenido ideológico del partido socialista y su finalidad, que procura un simple cambio de posiciones en la escala social. Tratase, en el apólogo, de una escalera a mano, cuyos peldaños están en discusión sobre la inferioridad de unos u otros. Los que están en alto, llenos de soberbia, quieren achatar con su superioridad a los que están en el bajo. Y un socialista que al pasar ve la disputa, cree oportuno darle vuelta la escalera, y así lo hace, con lo que todo viene a quedar lo mismo, aunque los que antes estaban en el bajo estén en el alto ahora, y viceversa...

Lo que ocurre en el apólogo es lo mismo, justamente, que pretende el socialismo con su lucha política. La escalera es la sociedad; sus peldaños altos son los privilegiados y los bajos, los desheredados. Todo lo que conseguirá el socialismo, realizado que sea el cambio que persigue, se limitará, pues, a la elevación de unos, en lugar de otros, a las posiciones privilegiadas. De modo que éstas subsisten, cuando lo que urge es destruir, y poner a todos los hombres en un mismo pie de igualdad, por distintas que sean sus funciones, como quieren los anarquistas. En la sociedad como en la escalera del apólogo, sin querer ver en ella la representación de las clases sociales, no debiera haber superioridad ni inferioridad social de unos respecto a otros, como no la hay entre los peldaños; todos igualmente útiles y concurrentes todos por igual al cumplimiento de la necesidad que la escalera llena.

LITERATURA

Suerte que los literatos no tienen nada que ver con los que escriben verdades y si las imprimen sólo lo hacen para que lleguen al pueblo. De ser de otro modo, estaríamos indignados. También... la cosa no es para menos. Resulta que en "Caras y Caretas", según leímos días pasados, se ha abierto un concurso literario. En él pueden intervenir todos los que así lo quieran, escribir sobre lo que gusten, pues que el tema es libre, siempre que "no se ofenda en él a la religión ni a la moral". El caso es de indignación, pero, como ya dijimos, nada tenemos que ver con la gente que intervienga; no vamos a molestarnos. sencillamente, nos reiremos, lo tendremos lástima.

De todos modos, ya sabemos lo que nos van a decir. ¿Pecamos de adelantados? No, hombre, no. Imagínes usted un tren en marcha; estaciones más o menos, se adivina su trayecto. Puede descarrillarse, es claro. Pero ahí está lo gracioso, pues en el citado concurso no hay derecho a tal "descarrilla". No importa que la religión y la moral imperantes sean la causa fundamental del dolor en que vivimos. ¿Siente usted en su interior el aliento de un ideal, ansias de un porvenir en el que ese dolor no exista? Sufrir y aguantar. El que quiera intervenir en el concurso precipitado por "Caras y Caretas", tiene que matar todo eso y seguir sobre los rídeles. Así que, por lo que vemos, es un oficio ganga el de literato. Total, lo sólo que cuesta trabajo es decir algo de nuevo y como para el que quiera ser tal, ese campo está alabrado, le resulta macanudo, sopa hecha. Únicamente creemos que es cuestión de buen estómago, porque a esa pobre gente les debe ocurrir igual que a mancarón maniado; tienen que comerse la bosta de los porrillos libres... ¡Qué asco! Deberíamos indignarnos, pero como se trata de muchachos "hidos" no nos molestaremos. ¿Para qué?... Solamente se nos ocurre una cosa: A los premiados debían caparlos... Sería una lástima que procreasen.

CUENTOS CHILENOS LOS INVÁLIDOS

La extracción de un caballo en la mina, acontecimiento no muy frecuente, había agrupado alrededor del pique a los obreros que volcaban las carretillas en la cancha y a los encargados de retornar las vacías y colocarlas en las jaulas. Todos eran viejos, inútiles para los trabajos del interior de la mina, y aquel caballo "que después de diez años de arrastrar allá abajo los trenes de mineral era devuelto a la claridad del sol, inspirábase la honda simpatía que se experimenta por un viejo y leal amigo con el que se han compartido las fatigas de una penosa jornada. A muchos les traía aquella bestia el recuerdo de mejores días, cuando, en la estrecha cantera, con brazo entonces vigoroso, hundían de un solo golpe en el escondido filón el diente acerado de la piqueta del barretero. Todos conocían a Diamante, el generoso bruto, que dócil e infatigable trotaba con su tren de vagonetes, desde la mañana hasta la noche, en las sinuosas galerías de arrastre. Y cuando la fatiga abrumadora de aquella faena sobrehumana, paralizaba el impulso de sus brazos, la vista del caballo que pasaba blanco de espuma, les infundía nuevos alientos para proseguir esa tarea de hormigas perforadoras con el tesón inquebrantable de la ola que desmenuza grano por grano la roca incoimovible que desafía sus furoros.

Todos esperaban silenciosos la aparición del caballo, inutilizado por incurable cojera para cualquier trabajo (dentro o fuera de la mina) y cuya última etapa sería el estéril llano donde sólo se percibían a trechos escueros matorrales cubiertos de polvo, sin que una brizna de yerba, ni un árbol interrumpieran el gris uniforme y monótono del paisaje. Nada más tético que esa desolada llanura, reseca y polvorienta, sembrada de pequeños montículos de arena tan gruesa y pesada que los vientos arrastraban difícilmente a través del suelo desnudo, ávido de humedad.

En una pequeña elevación del terreno alzábase la cabria, las chimeneas y los ahumados galpones de la mina. El caserío de los mineros estaba situado a la derecha en una pequeña hondonada. Sobre él, una densa masa de humo negro flotaba pesadamente en el aire enrarecido, haciendo más sombrío el aspecto de aquel paraje inhospitalario.

Un calor sofocante subía de la tierra calcinada, y el polvo del carbón, sutil e impalpable, adheríase a los rostros sudorosos de los obreros que, apoyados en sus carretillas, saboreaban en silencio el breve descanso que aquella maniobra les deparaba.

Tras los tres golpes reglamentarios las grandes poleas, en lo alto de la cabria, empezaron a girar con lentitud, deshilándose por sus ranuras los delgados hilos de metal que iba enrollando en el gran "tambor", carrete gigantesco, la potente máquina. Pasaron algunos instantes y, de pronto, una masa obscura, chorreando agua, surgió rápida del negro pozo y se detuvo a algunos metros por encima del brocal. Suspenso en una red de gruesas cuerdas, sujeta debajo de la jaula, balanceábase sobre el abismo, con las patas abiertas y tiesas, un caballo negro. Mirada desde abajo, en aquella grotesca postura, asemejábase a una monstruosa araña recogida en el centro de su tela. Después de colompiarse un instante en el aire descendió suavemente al nivel de la plataforma. Los obreros se precipitaron sobre aquella especie de saco, desviándolo de la abertura del pique, y Diamante, libre en un momento de sus ligaduras, se alzó temblorosamente sobre sus patas y se quedó inmóvil, resoplando fatigosamente.

Como todos los que se emplean en las minas era un animal de pequeña alzada. La piel que antes fue suave, lustrosa y negra como el azabache, había perdido su brillo acerbillada por cicatrices sin cuento. Grandes grietas y heridas en supuración señalaban el sitio de los arros de tiro, y los corvejones, ostentaban viejos esparavanes que deformaban los finos remos de otro tiempo. Ventrudo, de largo cuello y resto de la gallardía y esbelta pasada, y las crines de la cola habían casi desaparecido arrancadas por el fátigo curva sangrienta huella se veía aún fresca en el hundido lomo. Los obreros lo miraban con sorpresa dolorosa. ¡Qué cambio se había operado en el brioso bruto que ellos habían conocido! Aquello era sólo un pingajo

de carne nauseabunda buena para todo de buitres y gallinazos. Y miró el caballo, cegado por la luz del día, permanecía con la cabeza inmóvil, el más viejo de los mineros enderezando el anguloso cuerpo para una mirada investigadora a su alrededor. En su rostro marchito, pero líneas firmes y correctas, había una presión de gravedad soñadora y ojos, donde parecía haberse refugiado la vida; iban y venían del caballo grupo silencioso de sus camaradas, sus vivientes que, como máquinas mágicas, la mina lanzaba de cuando en cuando, desde sus hondas profundas.

Su mirada, su gesto, su actitud matabunda y reflexiva parecían decir: ¡Pobre viejo, te echas porqué no sirves! Lo mismo nos pasa a todos. Allí abajo no se hace distinción entre el hombre y la bestia. Agotadas las fuerzas la mina nos arroja como la arena arroja fuera de su tela el que exangüe de la mosca que le sirvió alimento! ¡Camaradas, este bruto es la imagen de nuestra vida! Como nuestro destino será, siempre, trabajar y morir.

En la mente de los obreros débiles brotaron idénticas reflexiones, pues la presión de sus rostros era grave y citurna; y cuando el grupo se dispersó algunos volvieron la cara para ver por última vez el caballo que permanecía en el mismo sitio, inmóvil, sin cambio de postura. El acompañado y el guiado vivían de sus orejas; y el momento de los párpados eran los últimos signos de vida de aquel cuerpo lleno de lacras y protuberancias asquerosas. Deslumbrado y ciego por la vivacidad que la transparencia del aire hacía más radiante e intensa, agachó cabeza, buscando entre sus patas de lanternas un refugio contra las luminosas saetas que herían sus pupilas nictalope, incapaces de soportar el luz que la débil y mortecina de lámparas de seguridad.

Pero aquel resplandor estaba en las patas y penetraba victorioso a través de sus caídos párpados, cegándolo vez más; atontado dio algunos pasos hacia adelante, y su cabeza se inclinó contra la file de tablas que limitaba la plataforma. Pareció sorprendido ante el obstáculo y, enderezando las orejas, olfateó el muro, lanzando los vientos resoplidos de inquietud; retrocedió buscando una salida y nuevos obstáculos se interpusieron en su paso; iba vagando entre las pilas de maderas, las vagonetes y las vigas de la cabria con un ciego que ha perdido su lazo. Al andar levantaba los cascos de blandiendo los jarretes con sus camillas, aún entre las traviesas de la vía de tonel de arrastre; y un enjambre de moscas que zumbaba a su alrededor sin inquietarse de las bruscas contracciones de la piel y el febril volteo de desnudo rabo, acobábase encaramándose, multiplicando sus feroces ataques.

Por su cerebro de bestia debía correr la vaga idea de que estaba en el rincón de la mina que aún no conocía y donde un impenetrable velo rojo ocultaba los objetos que le eran familiares. Su estadía allí terminó bien pronto un caballero se presentó con un ramo de cuerdas debajo del brazo y yendo en derechura hacia él, loató por el cuello y tirando del ronzal, tomó el guiado del caballo la carretera curvada que iba a perderse en la abresca; llanura que dilataba por todas partes su horizontal superficie hasta el límite del horizonte.

Diamante cojeaba atrozoemente, su vieja y obscura piel corría en estrepitamiento doloroso producido por el contacto de los rayos del sol. Él, desde la comba azulada de los cuerdos, parecía complacerse en alumbrar aquel andrango de carne palpitante que se pudriera, sin duda, distinguiendo los rídeles buitres que, como puntos imperceptibles perdidos en el vasto paracaba su buena estrella.

El conductor se detuvo al borde de una depresión del terreno. Deshizo el nudo que oprimía el fático cuello del prisionero y, dándole una fuerte palmada en elanca para obligarlo a continuar adelante, dio media vuelta y marchó por donde había cubierto. Aquella hondata era cubierta por una capa de agua en la época de las lluvias, pero los calores del estío evaporaban rápidamente. En las partes bajas conservábase algún resto de humedad donde crecían pequeños arbustos espinosos y uno que otro matuzo de yerba reseca y polvorienta. En

una cenagosa, I palpitar animal fue. Namante, agásac... Con el objeto del seminario, es viene a los paque... Con el objeto del periódico si... TORCHA.

IDOS

scabunda buena para y gallinazos. Y me- gado por la luz del aneja con la cabeza más Viejo de los min el anguloso cuerpo a investigarla a su p- óstro marchito, pero y ravesidad soberbia y arecia habiendo refu- y venían del caballo so de sus camaradas, a nos arroja como la ra de su tela el cue- mosca, que le sirvió umaradas, este bruto nuestra vida. Como o sefá, siempre, trabar- de los obreros de las reflexiones, pues a nuestros ojos, de- ando el grupo se des- e el caballo que perma o sitio, inmóvil, sin ca. El acompasado y le sus orejas y los párpados eran los úni- de aquel cuerpo lle- otuberancias asguero ciego por la vivida ansipancia del aire e- intensidad del aire do entre sus patas e- fugio contra las lum- e huían sus pupilas- paces de soportar a- bil y mortecina de e- seguridad. "esplandor estaba en- mchaba victorioso z- los párpados, cegam- e: atontado dio algu- cha de sus cabezas- lla de tablas que im- naba. Pareció que ren- tulo y, enderezando el muro, lanzando b- de inquietud; retroc- salido y nuevos obstá- cieron y su paso, ib- pitas de maderas- sus vigas de la cubría- que ha perdido su laz- evantaba los cascos e- retes como si vinie- ravesas de la vna de- re: y un enjambre- ambaba a su alreded- de las bruzcas con- el y el febril volar de- acosábalo encarniz- ando sus ferozes ab- ro de hestia debía e- a que estaba en e- mo que aún no eno- penetrable vol rojo e- que le eran furores- lí terminé bien prom- e presentó con un ro- rajo del brazo y ven- cía él, lo ató por e- o del tronzo, tomé- que la carretera que- berderse en la abra- ataba por todas par- cie hasta el límite de- aba atrozmente. Y, e- a piel corria un est- rayos del sol. El ca- azulada de los die- arse en alumbraj que- palpitate para que- de, distinguirlo los- perdidos en el vac- uella presa que les- a estrella.

Entre brumas

Buenos Aires vivió tres días en la semana pasada, bajo un ambiente londinense; vivió entre brumas. Sus calles parecían túneles, entre la niebla, carreteras submarinas. Nosotros las recorrimos como en tierra de misterio. No vimos nada. Apenas si de vez en cuando llegaba a nuestros oídos la odiosa canción de los autos con las notas de sus bocinas, el campaneo irritante de los tranvías y las voces roncadas o claras de los pobres cañillitas. En cuanto a ver, la opaca brumalidad malograba nuestro deseo. Era una cosa bárbara, sobre todo al amanecer. Y como a este espíritu nuestro, de tanto en tanto le da por cultivar lo simbólico, llegamos, reflexionando, a la conclusión siguiente: En un ambiente semejante viven todos los hombres, allá en su mundo interior; entre brumas. La verdad en él es como el sol de este día; no ha salido. Y ya que los meteorólogos afirman que el sol sale siempre, nosotros diremos que el sol sale siempre, nosotros diremos que bueno. Pero refiriéndonos a la verdad, insistimos: no ha salido; y si ha salido, sus rayos aclaradores no tienen fuerza bastante para romper de una vez la neblina de la duda. Por lo demás, en la región mencionada apenas si de vez en cuando se sienta una luz agitada por el total predominio, entre inteligencia e instintos, sentimientos y conciencia. De ahí nunca pasa. En cuanto al triunfo, el brumoso manto de la duda impide que se vislumbra. En cierta parte, no puede ser de otro modo. Volviendo al ejemplo, de nada valdrá al tranviario pelearse con el chauffer por el derecho a la calle. Aquel que su camino, su vía marcada y sus minutos contados. Pero éste tiene su libreta que le autoriza a llevar su auto por donde a él le parezca... A ver, pues, ¿quién deberá apartarse?... Depende de quien opine, pero en resumen nadie lo sabe. Únicamente cuando chocan, el agente de policía, los lleva presos. Entonces, la razón de cada uno, es el sucio calabozo. Los cañillitas lo mismo; en la lucha por el puesto, el que más gana, el triunfador, tiene que empezar de nuevo, con su tronca o clara voz, y pregonar las mareas; con pretensión de linterna, de los burgueses. No' hay otra solución; pues el mundo vive entre brumas... Y una de estas mañanas, camino del trabajo, andando, llegamos, reflexionando, a la conclusión siguiente: Buenos Aires vive así, entre esta neblina de brumas, mientras los rayos del sol no logren desvanecerla. En cuanto él aparece, sus caricias y su luz amenguarán un poco este ruido, aplacando los nervios de la gente que lo promueve. Otro tanto ocurrirá el día en que todos los hombres animen su mundo interior con la luz de un ideal. Ese día habrá salido, alumbreador y sonriente, el sol de la humanidad. Por lo que toca a nosotros ya lo hemos hecho; nos parece haberlo hecho. Es la Anarquía nuestro sol.

Sobre la crítica

Los anarquistas siempre se distinguieron de los partidos políticos, no solamente por la superioridad de sus principios morales y filosóficos, sino por su valor y abnegación en la lucha, y porque jamás, nunca, han temido y mirado los obstáculos, importándoseles un mito el número de imbéciles que tenían que combatir. Ahí radica en parte la superioridad de los anarquistas frente a las demás tendencias. Nosotros lejos de desmoralizarnos por ser una infima minoría, nos sentimos orgullosos de ello. Porque entendemos que no todos están mentalmente predisuestos para asimilar nuestras ideas. Para ello sabemos que contribuyen múltiples factores, como ser: el medio ambiente en que viven, la educación que recibieron, y la cantidad de defectos que recibieron como herencia de sus antepasados. Enfermos congénitos. Contra todos estos males tiende la minoría anarquista a terminar. Ese es, pues, el valor de los anarquistas. Dejados que en medio de tanta podredumbre se levantan plétores de vida, rebosantes de entusiasmo y saturados de ideales grandes y nobles propios de espíritus juveniles, haciendo tremolar a los cuatro vientos la bandera de la verdad y la libertad. Una de las armas más poderosas que los anarquistas han esgrimido en contra del sistema burgués ha sido la crítica reñaz y sistemática que le hicieron, y cuya eficacia nadie que no sea un enfermo, puede negar. Y esa misma crítica que los anarquistas han llevado y llevan a las instituciones burguesas, también la sa-

ben usar en contra de las organizaciones obreras o individuos que consciente o inconscientemente se desorientan de la verdadera ruta. ¿Quiénes más que los anarquistas con su crítica han salvado a la F. O. R. A. muchas veces? ¿Quiénes pusieron al descubierto las maniobras bolcheviques? ¿Quiénes han conseguido hacer batir en retirada a los usistas? ¿Quiénes en una palabra han contribuido más a acabar los cienientos de esta sociedad y acelerar su caída? Los anarquistas. ¿Por qué se indignan, entonces, cuando un compañero opina sobre la aplicación de tal medida, personal o colectiva? Se indignan, precisamente, porque desconocen el valor de la crítica, confundiendo lamentablemente con la chismografía. Para que no sea así, nosotros trataremos de explicar en breves palabras lo que entendemos por crítica. La crítica es arte, es ciencia, progreso, perfección en una palabra; y es todo eso por la sencilla razón de que el crítico al mismo tiempo, que destruye, crea. Así, simbólicamente, creemos haber explicado lo que es crítica, para que en lo sucesivo no se hagan a su respecto, confusiones. Esto lo decimos porque hay muchos compañeros que reconocen que la crítica de los anarquistas al régimen burgués ha logrado poner en descubierto todas sus torpes maniobras; pero no quieren reconocer que tiene el mismo valor-llenándola a las instituciones obreras. Guay del que tenga la valentía de combatir tal o cual acción por muy buena que ella resulte para nuestras ideas! Entonces esos mismos individuos ya no le llaman crítica, sino que recurren a un lenguaje soez para calificar a todo-aquel que tenga la franqueza de señalar errores. Ahora cabe preguntar a estos hombres absolutos que no admiten que se les critique en lo más mínimo, pretendiendo que se les deje campo libre para sus torpezas: ¿Es o no buena la crítica? Si admitimos que ha dado excelentes resultados y que es el arma más poderosa que han esgrimido y esgrimen los anarquistas en contra de todos, debemos reconocer también que es también útil en nuestro campo. Valeriano Fontela. Rosario.

LA PASION POR LA LIBERTAD

Todas las épocas han tenido sus mentiras ante las cuales han succumbido: sus ideales, por los que han luchado; algunos verdugos y muchas víctimas. Esta ha sido hasta hoy la historia de la humanidad, una historia que se ha repetido durante la sucesión de los siglos, que siempre es vieja y que todos los días es nueva: una historia de dolores, de esperanzas y de desencantos. Un gran Ideal... mucha sangre derramada... un comenzar de nuevo... Y así hemos venido... y así hemos progresado. El progreso social se ha hecho a pesar de todo, tal vez por encima de todo. Es verdad que hoy existen esclavos como hace dos mil años; pero si comparamos un esclavo de hoy con un esclavo de ayer encontramos que son dos esclavos diferentes, que cada uno de ellos no tiene nada en común con el otro. Y es que las mentiras de las diferentes épocas, y con las mentiras, los sostenedores de ellas, no han podido ser lo suficiente fuertes para detener esa fuerza innata que vive en todos los seres, obligando al hombre a progresar y a la planta a expandirse. Tergiversando conceptos y desviando caminos, las mentiras de las diferentes épocas lograron burlar las demandas de los insatisfechos, retardando el advenimiento de lo que hoy se desea, de lo que siempre se ha deseado. Pero como vemos en los tiempos presentes, todo su trabajo no hizo otra cosa que aplazar. Derrumbadas sucesivamente todas las instituciones que un día se presentaron como ideales definidos al ansia de mejoramiento de los hombres, y que por un momento lograron cubrir las apariencias, hoy nos encontramos de nuevo en el principio con todos los problemas sin resolver, pero con una gran experiencia que nos capacita para llevar a cabo lo que la ignorancia de nuestros mayores les impidió realizar. Seguros de lo que queremos; y por lo tanto, con conocimiento de lo que no queremos, ya solamente nos falta concretar la manera de llevarlo a cabo. En esto es en lo que aún divergimos. Y esto es también la tabla de salvación de los diferentes mentiras sociales y dominados de los eternos oportunistas hacen su cosecha. Los sufrimientos de nuestros

abuelos nos mostraron con claridad definida que solamente por medio de la libertad en todos los sentidos de la vida es posible la armonía de los hombres y el progreso de la especie. Y esos mismos sufrimientos nos mostraron también que esa libertad tiene que ser conquistada por medio del esfuerzo propio y que cada uno de los hombres está en el deber de defenderla y de llevarla al más alto grado de perfección y amplitud. Pero lo que las luchas y las penas de nuestros mayores no lograron concretar definitivamente es la manera de llevarla a cabo. Hoy ya no hay disparidad en los fines como antaño: hoy ya es sólo una cuestión de forma. Pero esa forma, compleja en su simplicidad, extraña las mentes, pone odios en los corazones, desvía los caminos y nos impide llegar al fin tanto tiempo deseado, a la meta que tanta sangre costó a las generaciones pasadas definir. Acordes también en que es solamente una cuestión de forma la que nos separa, cada uno trata de justificar su actuación, acusando al segundo de impedir el acercamiento, y de tratar de llegar al fin por un camino erróneo. ¿Quién de nosotros estará en lo cierto? ¿A quién pertenecerá el triunfo definitivo? Nosotros no somos profetas ni queremos sentar como bases concluyentes nuestras visiones del porvenir. Creemos sinceramente que el porvenir está lleno de sorpresas aún para las mentes más escudriñadoras y que con más capacidad analizar el desenvolvimiento lógico de los hombres y de las cosas. Lo único que sabemos, y que lo sabemos con positiva certeza, es que el porvenir pertenece a los que más se separan del pasado y más lejos miran. Considerando que el hombre de hoy es completamente diferente al hombre de ayer, colegimos que el hombre de mañana será también diferente al de hoy; tendrá otros gustos, otras necesidades y otras concepciones. Partiendo de este punto de vista, creemos que el porvenir de pertenecer a los que más ampliamente ofrecen al desarrollo de este nuevo ser y que con visiones más claras de la vida y del progreso sepan ir adelantándose al avance de los tiempos. El pasado, y todos los que al pasado miran, quedarán atrás; y aquellos que fueron los dueños de una hora por haber sabido aprovecharse de la ventaja momentánea, tendrán que sufrir la amargura de ver cómo el agua rompe el dique y son arrastrados por esa supremacía pasional humana: la pasión por la Libertad. (De "Aurora", de New York).

Realidad de realidades

La realidad ha convertido a los trebuchados, "revolucionarios" de la "hora" presente, en lacayos de la contrarrevolución burguesa autoritaria. El éxito convirtió a los familiares del autoritarismo marxista en fieles instrumentos de la reacción. Los que en nombre de la realidad renegaron de los principios libertarios, están oficiando de lacayos de la burguesía. Los mugrientos del autoritarismo "revolucionario", que soñaban lavarse con sangre burguesa, le están chupando las cascarrías a la burguesía en nombre de la clase obrera. El enemigo más cínico del porvenir y de las ideas revolucionarias está en las tendencias disciplinarias de los partidos y organizaciones centralizadoras del autoritarismo. La burguesía tiene sus cuarteles en los sindicatos y en los partidos políticos de tendencia marxista. Esta es una realidad de realidades, que cualquiera que no sea un idiota, puede constatar. Los anarquistas no tenemos más que un enemigo; ese enemigo de todos los tiempos y de todos los momentos, no tiene más que un nombre: La autoridad. La misión de los anarquistas, diré más, la razón de ser del anarquismo, no puede consistir más que en la lucha a muerte contra todo principio, forma o vestigio del autoritarismo. Esta es la realidad o la expresión de la realidad del anarquismo. Se ha dicho: "A grandes males, grandes remedios". Y bien, ¿quién es el miserable que piensa curar los males sociales podando y cortando las ramas del árbol del autoritarismo, y dejando intactas las raíces y el tronco? ¿Quién es el cínico que por el camino de la tiranía piensa conquistar la libertad? Los que así piensan y obran encarnan el espíritu de la contrarrevolución autoritaria. He ahí otra realidad de realidades: que nadie podría negar. Helios.

Revolución consciente

Los anarquistas en sí, no hacen cuestión de exclusivismo para la revolución. Al menos, éste es nuestro criterio. Dentro del sindicalismo, no damos a él más valor que el que puede desarrollar como opositor, y fuerza de resistencia durante el período del privilegio. Y no le damos más valor, porque creemos que en la sociedad futura no tendrá ninguna función que ejercer, ninguna misión que cumplir. Después de una revolución triunfante en la cual sean derrumbados el privilegio y el Estado, como son los dos ejes neurales de la sociedad actual, cuando hayamos podido destruir el armatoste social que nos aplasta, por medio de la revolución, dando paso a la sociedad futura, a una sociedad nueva, floreciente, una sociedad libre de productores, entonces, el sindicalismo, de hoy, por más revolucionario que sea, será un recuerdo histórico, como lo será la revolución misma. La Revolución social, esa que se gesta en todos los momentos y en todos los individuos, esa revolución libertadora y transformadora que se manifiesta en el orden de todas las cosas y de todos los tiempos, ha de ser obra de todos. Cuando alguien nos ha interrogado: ¿quién hará la revolución?, hemos contestado que la revolución será hecha por el pueblo y para el pueblo. No hemos llegado nosotros al despotismo de los políticos comunistas, de decirle al pueblo que la revolución será proclamada y hecha efectiva por un partido más o menos blanco o rojo, ni tampoco hacemos como los sindicatos-reformistas (hoy apolíticos) que, dando "todo el poder a los sindicatos", estos mismos organismos serán los que harán la revolución, los que regularán la revolución, los que orientarán la revolución, controlarán la producción y el consumo... No; nada de eso. Esa revolución social, que será la transformación del actual régimen, no es que la proclame tal o cual partido, tal o cual sindicato, o tal o cual sector ideológico. Esa revolución la reclama el pueblo en total en su cadena de martirio y tiranía. Ella reclama el orden natural de las cosas. Esa revolución — y es mucho decir — la precipita la misma burguesía, en decadencia, inútil e incapaz para seguir por más tiempo frente a los destinos del pueblo, porque el pueblo se instruye y no sigue más sus creencias de oscurantismos. Las leyes mismas, esas leyes escritas en que el Estado apoyaba, fueron leyes mientras hubo ignorantes que las respetaban. Y hoy que el pueblo, cansado de soportar el peso de las mismas, las desoye, las pisa, las niega, el Estado, con la brutalidad de los ignorantes que aún creen en ellas, las quiere imponer a fuerza de acero o plomo, a fuerza de persecuciones, encierros y destierros, precipitando de esta forma la Revolución; la niegan y la llaman, la quieren retardar, desviar, y ellos mismos la precipitan. El pueblo esclavizado reclama la libertad; el artificio mismo de las cosas reclama su naturalidad; como la ciencia y el arte — hoy dogmatizados en un atavismo de paredes, — reclaman el vasto campo de la naturaleza para sus excursiones, su estudio, su florecimiento... y así las tinieblas mismas reclaman la luz... Y ésta es la Revolución libertadora; ésta es la transformación social. Los anarquistas hemos declarado siempre que para que el pueblo en total, sin exclusiones ni pobres, pueda vivir una vida más libre y más equitativa, más igualitaria, es necesario transformar el régimen y perfeccionar los individuos. También hemos declarado que esta transformación no se llevará a efectividad sino con una revolución. Pues dando el actual estado de cosas, no podemos concebir una transformación por un "don" o porque los sostenedores del actual régimen se transformen de la noche a la mañana. Hemos creído que hay que destruir y construir. Entonces, la revolución se impone como una necesidad para la transformación. Como hemos dicho anteriormente, para la revolución no somos exclusivistas. Sabemos que a la revolución contribuiremos, todos: anarquistas, sindicalistas, socialistas, comunistas, en fin el pueblo todo. Mas, como todos y cada cual en su forma y a medida de sus fuerzas, como necesidad propia de cada uno, llegado el momento, no dudamos que todos harían la revolución o contribuirían a la conquista de esa libertad y ese bienestar tan necesarios para el individuo. Entonces, observamos que para esa

A LOS PAQUETOS Y SUBSCRIPTORES

Con el objeto de regularizar el tiraje del semanario, esta administración previene a los paqueteros y subcriptores que se le suspenderá el envío periódico si no se ponen al corriente de la brevedad posible, pues así lo exige la propia existencia de LA ANTORCHA.

